

sos de desenvolvimiento económico dados bajo circunstancias históricas fundamentalmente diferentes. De aquí que se pueda, encontrar una contradicción básica: la formulación de una teoría histórica fundada en una dinámica única y ahistórica.

4. El limitado poder explicativo del "efecto de demostración", el cual, como lo prueba el caso inglés, no es condición necesaria para el "despegue".

Por último, Soares apunta que, aun cuando esta teoría ha tenido y tiene una gran influencia sobre el pensamiento económico occidental, sólo podría ser aceptada como un primer marco de referencia, y que la acumulación de nuevas y variadas experiencias concretas de desarrollo, las cuales no tienen cabida en la explicación provista por ella, decretará su obsolescencia.

José Calixto Rangel C.

Varios, "Biology and Politics", "Biology et politique", *Rapports Papers. Abstracts*, VIII^c Congrès Mondial, VIII World Congress, Munich, Aug. 31, sept. 5/1970. International Political Science Association. Association Internationale de Science Politique. Munchen, 1970.

El grupo que se ocupó de las relaciones entre la biología y la política, en el Octavo Congreso Mundial de Ciencia Política, estuvo constituido por las aportaciones de Luis Sánchez Agosti (de Madrid); de Robert B. Stauffer (de Hawaii); de W. E. Mac Alpine; de Ralph P. Hunmel (de la Universidad de Fordham); de Dean Jaros (de la de Kentucky); de Milton Lodge y John Wahlke (de la de Iowa); de Ali A. Mazruí (de la Universidad Makers, de Kampala, Uganda); y de David C. Schwarz (de Pennsylvania); así como las de R. J. Halliday (de Warmich), James C. Davies (de Oregon), Ch. R. Adrian (de California), Henry Beck (de Stanford), Th. L. Thorson (de Toronto e Indiana), Le Roy Ferguson y sus colaboradores (de Michigan), M. W. Wanner (de la Universidad de Washington), Aaron Bell, J. D. Singer y Ursula Luterbracher (de Michigan).

Estos distintos autores se refirieron a las teorías de ciertos pensadores en la materia: a la biología, la política y la sociedad en Ortega y Gasset, al darwinismo social, a la re-

cepción en Finlandia de la teoría organísmica de Rudolf Kjellen; a las relaciones más generales entre la política y las ciencias de la vida (que conjuntadas pueden establecer una teoría de la ecología bioconductista); a los fundamentos biológicos de la ciencia política, producto de una era posconductista; a las relaciones que pueden descubrirse entre lo biológico y lo político y, más particularmente, entre las características físicas y las actitudes políticas; a los intentos hechos para correlacionar las medidas sicofisiológicas y las verbales de las actitudes políticas; al establecimiento de analogías entre el amontonamiento y el combate, tal y como se producen en las colectividades animales, y algunos rasgos de las sociedades humanas a partir de una particular referencia al sistema interestatal europeo entre 1816 y 1965; a la exploración del significado y la repercusión que ciertas características físicas (como el cabello) pueden tener en política; a la determinación si ciertos modos de comportamiento social de repercusión política (como la agresión y la violencia) son o no innatos; a la manera en que ciertos fenómenos de importancia política —como el carisma— pueden someterse a una modelación biosocial; y al examen de los efectos que el uso de las drogas tiene en la conducta política y sus cambios.

Luis Sánchez Agesta subraya, en el pensamiento de José Ortega y Gasset, la unidad sicofísica del organismo viviente; la distinción de dos niveles en el hombre: el de la vitalidad espontánea y el de la naturaleza intelectual que lo liga a fines trascendentes; el que la acción política es —sobre todo— vitalidad espontánea y naturaleza objetiva; el que ésta se diversifica en los distintos pueblos, adquiere diversos niveles en diferentes generaciones y, fundamentalmente, procede de la convivencia (de la interacción constante del yo y su circunstancia natural y social).

Ali Mazruí toma como trasfondo de su estudio el significado biológico del pelo en el ser humano, y muestra sus cambios a través del tiempo. El pelo (especialmente el facial) procede de una creciente diferenciación sexual y adquiere —después— el significado de "masculinidad". Concomitantemente, el rostro adquiere una significación humana en cuanto área de relevancia sexual, en cuanto aparece el estilo humano de ayuntamiento cara a cara.

El distinguido catedrático africano registra la forma en que la barba dejó de signifi-

car hombría (puramente biológica), para pasar a representar virilidad (en sentido social), como cuando los "leales" de Baganda se dejaron crecer la barba como protesta por el exilio de su rey, y cómo significó ulteriormente paternidad dignificada al relacionarse con las largas barbas del patriarca, impotente ya en lo biológico pero ameritado por sus anteriores luchas sociales.

Mazruí explora también el significado del pelo dentro de perspectivas imperiales (discriminatorias) y nacionalistas (reivindicadoras). El pelo del negro fue un estigma para racistas e imperialistas y, como resultado de esto, quienes teniéndolo aceptaban la valoración negativa que de ellos se hacía, prefirieron "alaciarlo" hasta que llegó un momento en que en el pendulo, quienes reivindican los derechos de la negritud, han llegado a hacer de su pelo un símbolo de orgullo étnico que incorpora su actitud de reto frente a los discriminadores.

Ligado con ese conflicto, pero sin confundirse con él, surge el simbolismo del pelo humano como medio de identificación con el propio grupo; como aceptación de su pertenencia a él. Y, dentro de cada grupo o al través de los grupos, la forma de arreglo del pelo suele servir para diferenciar clases, sexos, ocupaciones. El pelo cumple, así, una función semiótica, próxima de lo lingüístico.

En el estudio politicológico de ese carácter biológico que es el pelo humano inciden —según Mazruí—, por una parte, el darwinismo que lo explica en función de una diferenciación sexual y, por otra, el "sansonismo" que lo interpreta como símbolo de fuerza y poder; pero el catedrático de Uganda llega a la conclusión de que "ni es un anacronismo biológico ni una fuente de gran poder sino una contribución de la biología al mundo del ritual social y religioso, de la innovación cultural y de la articulación política".

En una tónica de investigación fundamentalmente distinta de la de Mazruí, pero que también revela la importancia del lenguaje y sus conexiones psicológicas, sociológicas y políticas, Lodge y Wahlker han medido las actitudes políticas a través de las reacciones fisiológicas —por un lado— y verbales —por otro—, han calculado las correlaciones respectivas y han encontrado: 1) que el índice pearsoniano de correlación es bajo entre las medidas de la pulsación y las elaboradas a partir de las respuestas orales; 2) que la co-

rrelación por rangos muestra relaciones estructurales entre una y otras (respuestas negativas y alta reactividad fisiológica, respuestas positivas y baja reactividad); 3) que estas mismas correlaciones sugieren que las "incongruencias" entre unas y otras se pueden interpretar como manifestaciones de actitudes ambivalentes y que la congruencia fisiológico-verbal es mayor en grupos en los que puede suponerse que hay mayor facilidad de verbalización y de introspección.

Hunmel, en sus estudios sobre la modelación biosocial del carisma, encuentra que las situaciones carismáticas suelen ir precedidas de cambios sociales; que éstos parecen resultar de ciertas tensiones, y que las tensiones no sólo se ejercen "sobre el mapa afectivo y cognoscitivo de los miembros individuales de una sociedad, sino también, a través de ese mapa, en la satisfacción o insatisfacción de necesidades biológicas".

Dos de las comunicaciones de esta sección se refieren a la repercusión que el uso de las drogas tiene en la conducta y el cambio político: la de Jaros habla de la desocialización bioquímica producida por los depresivos, así como de sus consecuencias políticas.

Jaros parte de la hipótesis de que las orientaciones políticas que apoyan al régimen puedan explicarse políticamente; que "puesto que los depresores debilitan la capacidad discriminadora, los drogados han de preferir alternativas políticas más burdas". En su investigación encontró que los depresores —de por sí— afectan poco el comportamiento político; que la naturaleza sustantiva de las elecciones responde modestamente a las dosis más fuertes de pentobarbital, pero que si esto ocurrió en grupos de individuos de mentalidad más o menos compleja, puede ser que no suceda así (sino que produzca respuestas mayores) entre individuos más simples, menos "artificiosos o sofisticados".

En tanto Jaros busca una explicación inmediatamente biológica de un hecho social, Stauffer trata de explicar lo social por lo social: la acción de esos depresores en la conducta política pero no ya en forma inmediata, sino a través de sus efectos fisiopsicológicos y —más aún— sicosociales.

Stauffer encuentra que la bibliografía que existe sobre drogas es de poco uso por el politicológico, pero señala que el empleo de las drogas tiende a vincular a los drogadic-tos; que uso y agrupación son percibidos como una amenaza por la sociedad global; que

ésta reprime para conjurar la amenaza y que la represión crea, por su parte, una acrecentada conciencia de identidad entre los usuarios de las drogas, la que —podemos interpolar— hace del grupo un conjunto de interés, después de presión y en último término aun de oposición en el área respectiva, conforme aumentan las presiones de la sociedad. En condiciones favorables (de máxima represión, de convergencia con otras causas de descontento) el grupo —podemos agregar— deja de ser opositor particularista del régimen (en contra de una política antidroga), para convertirse en opositor universalista del gobierno (en contra de toda su política y en contra del régimen mismo).

El politicólogo de la Universidad de Hawaii reconoce que aún no son claros los efectos de las drogas, pero que el uso de los depresivos parece propiciar la agresión y el repliegue social de los individuos; el de los estimulantes provoca la aparición de ciertos síntomas paranoicos, y el de los alucinógenos una actitud puramente expectante de la vida sociopolítica.

Las drogas entran en el panorama político porque, en nuestros días, en ciertas sociedades, como la estadounidense, tienden a convertirse en focos de rituales, de cultos, de afiliaciones religiosopolíticas; porque “algunos sistemas políticos los han usado como mecanismos explotadores imperialistas” al grado de que “su creciente uso durante el periodo de migración en masa a las áreas urbanas, que acompañó a la industrialización, parece haber sido estimulada quedamente por el gobierno”. Stauffer cree que algo parecido está ocurriendo ahora en el “Tercer Mundo”, pero parece que aquí ni todos los gobiernos han imitado esa política de control imperial por la drogas, ni los que la han imitado lo han hecho siempre.

La relación simbiótica entre la drogadicción y la oposición política suele producir “subgrupos criminalizados, como el de quienes usan la heroína” y la prohibición punitiva estadounidense, seguida de su imitación por otros gobiernos, lo que parece puede “reproducir [en otros países] el tipo de subculturas criminales existentes en Estados Unidos de América”.

Como él mismo señala, la mera mención de estos extremos muestra que hay una lista de variables que es suficientemente importante como para que el tema de las repercusiones políticas de uso de las drogas se inclu-

ya dentro de la temática expandente de la ciencia política contemporánea.

Mac Alpine, por su parte, introduce un criterio económico en politicología en cuanto revela el carácter de escasez que tiene ese recurso político que es la “capacidad de control”. Debido a sus características biológicas y psicológicas, el hombre —como la máquina, aunque menos que ella— sólo tiene una capacidad limitada para elaborar la información que le llega (information processing limitations). De ahí que esté condenado al fracaso todo aquel que diseñe una política sobre la base de considerar que la capacidad humana de elaborar información es ilimitada. De ahí que, para usar eficazmente ese recurso escaso (capacidad de control), quien diseñe una política deba dejar que actúen los mecanismos tradicionales en todas aquellas áreas que no sean vitales para su estrategia y haya de canalizar todo su esfuerzo hacia esos centros neurálgicos, sometiéndolos a una convergencia de fuerzas controladoras de máxima intensidad y eficiencia, capaces de asegurar el éxito de las innovaciones.

A pesar de lo disparaje de las contribuciones que se hicieron a esta sección de biología y política, se puede observar que quienes en ella participaron se supieron salvar de los peligros de un darwinismo o un organicismo groseros y pudieron descubrir cuáles son los terrenos dignos de exploración mediante el uso de criterios científicamente rigurosos de explicación de lo social por lo social. En particular, tiene razón Mazruí cuando muestra que no es un carácter fisiológico (color, textura, sección del pelo) el que explica unas conductas políticas en forma inmediata, ya que es el significado (semántica, sociolingüística, axiología social) que le dan las sociedades o sus grupos lo que permite explicar ciertos fenómenos políticos. Esto, en términos más amplios, cabría dentro de una “sociosemiótica” (el término es de Julien Greimas), que en último término vendría a converger con la concepción weberiana que hace de la sociología “el estudio de conductas dotadas de sentido”, ya que ella está destinada a estudiar, precisamente, los medios por los que se manifiesta ese sentido de las conductas humanas.